

La enfermedad del Presidente, el militarismo, la oposición y otros elementos

Los escenarios electorales

Arturso Sosa, s.j.*



Este texto forma parte de una exposición que el autor presentó ante la Congregación Provincial de los Jesuitas que se realizó en Los Teques del 8 al 12 de octubre. Con el debido permiso se transcribe tan solo una parte, por razones de espacio

Se pueden vislumbrar, en este momento, tres escenarios electorales:

A. Chávez recuperado en campaña. En este supuesto, HCF parte con ventaja respecto a su(s) adversario(s). Además de su carisma político y el halo de vencedor, también del cáncer que lo aquejó. Puede disponer de una considerable suma proveniente del precio del petróleo y del endeudamiento para expandir el gasto público, especialmente en las políticas sociales dirigidas a los sectores más necesitados.

El candidato opositor parte con la desventaja de la brevedad de la campaña electoral y de la necesidad de convencer más por el proyecto de país que propone que por la sustitución del Presidente.

B. Chávez enfermo en campaña. Esta segunda posibilidad le presenta a Chávez el desafío de llenar con su presencia mediática la ausencia de una relación directa con la gente durante la campaña. Sabemos que Chávez es bueno en ambos terrenos y cuenta con un amplio acceso a medios de comunicación, además del uso (y abuso) del recurso a las cadenas y actos oficiales como parte de la campaña. En este escenario el aumento del gasto público, aunque se superen los niveles sensatos de endeudamiento y se creen problemas a mediano plazo, es una herramienta de la que tendrá que hacer uso.

La ventaja, en este caso, para el candidato opositor es su posibilidad de movilizarse por todo el país y entrar en contacto directo con los electores. Puede, además, desplegar la energía propia de una persona sana y más joven.

C. Un sustituto cercano al Presidente intentando sostener la revolución. Esta posibilidad puede lucir más teórica que real. Parece difícil imaginar quién pueda ser esa persona que haga las veces de Chávez en la campaña y elección presidencial.

Es un escenario que favorece ampliamente a las alternativas al chavismo. Sin embargo, es la que ofrece mayores riesgos de invitar a salidas políticas no electorales.

PREGUNTAS

La primera pregunta es: ¿tendremos una campaña de carismas y personas o también de propuestas alternativas de país para superar el pasado?

La tensión entre el candidato y la propuesta al país parece ser una de las características de la próxima campaña. La pérdida de legitimidad del *sistema de conciliación de élites y partidos políticos* quitó a sus principales mediadores, los partidos, su papel y abrió las puertas a la prevalencia del liderazgo personal. Chávez lo ha ejercido de modo tal que muchos sectores sociales aspiran a un liderazgo más institucional en el que las organizaciones sociales y políticas tengan el mayor peso porque tienen propuestas que someter a la discusión pública.

La aspiración de muchos es que sea una oportunidad de abrir el debate sobre las visiones de país, sobre los modos de alcanzar esos modelos alternativos en el contexto de un cambio de época. Sin embargo, la tendencia de los últimos años a centrar el debate a favor o en contra de Chávez puede ocupar, otra vez, demasiado espacio y llevar a un debate simplista de sí o no a una u otra persona. Mientras más se supere esa tendencia y ocupe más espacio el debate sobre el modelo de país será la ocasión de dar pasos hacia la legitimidad democrática.

LA SEGUNDA PREGUNTA

Aunque no siempre se expresa claramente, una preocupación que está en la mente de todos es el tiempo entre la elección presidencial (7 de octubre de 2012) y el inicio del nuevo período de gobierno (febrero 2013). La experiencia de esa misma situación entre la elección y la constitución de la Asamblea Nacional entre septiembre de 2010 y enero 2011 no dejó buen sabor de boca.

La desconfianza existente entre los actores políticos y las instituciones del Estado alimenta los miedos a las reacciones extremas ante el resultado electoral. Es un clima que existe y nada fácil de cambiar. Los poderes públicos, los medios de comunicación, la dirigencia política y social tienen una enorme responsabilidad para evitar que los resultados electorales se conviertan en motivo de conflicto entre los venezolanos y fuente de anarquía social, con consecuencias graves.

La preocupación es mayor entre quienes están seguros del triunfo del candidato de la oposición por lo que han propuesto aprobar una ley que

regule ese tiempo y evite se añadan trabas al nuevo gobierno. Luce muy cuesta arriba que la mayoría de la Asamblea Nacional permita la aprobación de un instrumento de esta naturaleza.

DESAFÍOS POLÍTICOS

En primer lugar, la democracia después de las elecciones es el mayor desafío de la sociedad venezolana. ¿Serán estas elecciones una ocasión de fortalecimiento de la legitimidad democrática o se corre el riesgo de atentar contra ella con la puesta en marcha de planes B, C o Z? ¿Ha madurado suficientemente la cultura política democrática para minimizar los riesgos de salidas extraconstitucionales?

Responder a ese desafío supone la garantía de que ningún resultado electoral traerá como consecuencia la aniquilación del vencido. La democracia es una forma política que destierra la guerra como modo de dirimir los conflictos sociales. La pluralidad como característica del entorno político democrático hace posible los cambios en la correlación de fuerzas, los derechos de las minorías políticas y la toma de decisiones por mayoría.

El escenario de la reelección de Chávez pone a prueba la democracia en varios sentidos. Si se interpreta como ocasión de aumentar la identificación del líder con el Gobierno, el Estado y la patria, aumentando el personalismo y la subordinación de las instituciones a su voluntad confirmada como la voluntad del pueblo, la sociedad venezolana se aleja del camino de una legitimidad democrática. Por esa vía se llega al personalismo dictatorial que impone su propia visión asfixiando los espacios para la expresión de otras.

El escenario de una derrota de Chávez lo coloca en la posición de intentar mantener el poder aún perdiendo las elecciones. En una concepción democrática que contempla la alternabilidad en el ejercicio del gobierno, perder las elecciones significa un importante cambio en la correlación de fuerzas pero no la pérdida del poder. En este caso, además, conserva la mayoría en la Asamblea Nacional y la fuerza de las políticas públicas puestas en marcha durante un largo período en el ejercicio del gobierno. Ese poder puede usarse democráticamente, es decir, dentro de la aceptación de las reglas de juego consagradas en la Constitución y las leyes que especifican las atribuciones de las instituciones, car-

gos y funcionarios del Estado, o puede usarse como artificio para seguir gobernando sin ser gobierno elegido por la mayoría de los votos.

EN SEGUNDO LUGAR

En el complejo proceso adelantado por las organizaciones políticas en busca de una alternativa al chavismo, que ha llevado a la creación de la Mesa de la Unidad Democrática, es importante tomar conciencia de que *unidad* no es uniformidad, por tanto la plataforma política que se va tejiendo como *unidad democrática* presupone y exige la diversidad, el pluralismo, así como la capacidad de alcanzar consensos para establecer los mecanismos para diseñar objetivos comunes compartidos. El proceso mismo y la organización que resulte son una muestra de la calidad y características del modelo de país que se propone.

Hasta ahora el proceso de la MUD ha logrado poner a docenas de organizaciones en sintonía con un horizonte común de visión y modelo de país. Los acuerdos para convocar las elecciones primarias, elegir el candidato presidencial y los candidatos regionales y locales, la tarjeta unitaria (única), junto a propuestas de gobierno en áreas prioritarias, son pasos en un camino difícil.

Si bien la estrategia de la MUD está focalizada en las elecciones 2012-2013, construir una corriente política alternativa requiere trascender lo electoral e ir fortaleciendo la capacidad de afrontar la esfera de lo público en su conjunto.

EN TERCER LUGAR

Se hacen muchos comentarios sobre los movimientos al interior del chavismo, especialmente a partir de la enfermedad de HCF. Más allá de los acomodos del liderazgo dentro del gobierno o el PSUV hay que señalar la importancia de lo que significa la propuesta chavista. El rumbo prevaleciente privilegia la centralidad de la figura del líder sobre cualquier otra consideración. Si bien así se garantiza un constante apoyo popular derivado de la actuación del líder y los reflejos de la cultura política rentista, en el mediano plazo tiene que enfrentar el debate de las ideas que pueden sostener una propuesta *socialista* en la nueva cultura emergente o convertirse en una dictadura pura y simple apoyada en la Fuerza Armada y los recursos del Estado.

El debate sobre lo que es hoy la *izquierda* política y lo que puede ser la herencia de las ideas socialistas y comunistas como su expresión más acabada en el siglo XX recorre todos los continentes. El discurso oficial del chavismo y su líder ha hecho caso omiso de este debate y utiliza el lenguaje de la izquierda socialista y comunista de la década de los sesenta y setenta como si no hubiera pasado nada en esas esferas desde entonces. Sólo algunos intelectuales de tradición izquierdista¹ se atreven a postular la necesidad de cuestionar esa tradición de pensamiento y preguntarse si tiene algún sentido la izquierda en el mundo postmoderno, reconociendo que el socialismo es corresponsable de los avances y de los límites de la época moderna y será superado, de una manera u otra, con la emergencia de la nueva época y la profunda transformación cultural que ella supone.

A la larga es imposible prescindir de las sensibilidades propias de la cultura postmoderna, de la sociedad del conocimiento, y tomar en cuenta la necesidad de re-pensar conceptos básicos de la política en los que la izquierda sostiene su discurso, tales como pueblo, patria, soberanía, ciudadanía, participación, igualdad, democracia, libertad, derechos humanos.

Hacer caso omiso del complejo esfuerzo intelectual que supone generar un pensamiento político renovado de la izquierda, hasta el momento apenas iniciado e inconcluso, impulsa la tendencia al simplismo político de asociar la acción revolucionaria al mero ejercicio del poder que da el gobierno del Estado y sus aparatos, y las formas de adquirirlo, conservarlo y aumentarlo, echando mano de los personalismos reproductores de experiencias primitivas que apenas distinguen el campo de la política del de la guerra.

Quizás sea esta una de las razones que explican las dificultades para conformar el tantas veces convocado *polo patriótico*, y terminar de constituir el mismo PSUV. Una alianza política que tenga como premisa sólo el apoyo indiscutible al líder y no propicie el espacio para la discusión de las ideas que sostienen el proyecto, la estrategia y decisiones cotidianas que de ella se derivan terminará siendo una agrupación pragmática sostenida sólo por la posibilidad de *estar en el poder* y aprovechar sus beneficios. Quizás también esto explique la intolerancia con la disidencia ideológica interna y los mecanismos para ahogarla.

EN CUARTO LUGAR

En este contexto cobra singular importancia la cuestión militar porque se pone nuevamente sobre el tapete la tensión civilismo-militarismo que cruza la historia política venezolana. El desarrollo del régimen político que ha encabezado HCF se ha ido apoyando cada vez más en el polo militarista de la referida tensión. No se trata solamente de la proveniencia militar del Presidente y numerosos funcionarios del Gobierno, sino de los importantes cambios en el papel político de la institución armada.

El difícil proceso de contar con unas fuerzas armadas eficientes en su papel específico y claramente subordinadas al poder civil no sólo se ha interrumpido sino que se han establecido otras bases que llevan a concebir la fuerza armada como coprotagonista de un régimen que se apellida cívico-militar. La Fuerza Armada se configura, entonces, bajo una concepción en la que adquiere un rol directamente político.

La legislación militar ha sufrido importantes cambios para adaptar su organización a la nueva *doctrina militar* en coherencia con el rol que se le asigna en el régimen actual.

EN QUINTO LUGAR

Es así como una acuciante pregunta sobre el proceso venezolano cobra nueva vigencia: ¿es a través del voto que puede superarse una propuesta cívico-militar que se propone instaurar un modelo socialista? ¿Hay algún otro camino a través del cual ampliar y profundizar el proceso hacia la obtención de la legitimidad democrática? Desde la década de los años treinta del siglo XX se instaura en la cultura política venezolana la convicción (¿ilusión?) del poder purificador del voto. A través del voto –se ha pensado y parcialmente vivido– es posible conjurar la tentación personalista, ponerle diques a la corrupción, abrir espacios a la participación ciudadana, favorecer la alternabilidad de los gobiernos, etcétera.

La eficacia del voto como instrumento de política democrática está directamente vinculada a la confianza en el sistema electoral, en la institución electoral y las personas que lo representan. Sobre este punto hemos conocido los vaivenes experimentados en los últimos años.

EN SEXTO LUGAR

De allí nace la pregunta de si el escenario electoral es el único que se debe considerar. Algunos analistas, como Alberto Quirós Corradi, piensan que no: “Ni el chavismo se va a entregar mansamente ni las elecciones de octubre son el único escenario”.

¿Cuáles son esos *otros* escenarios? Depende de diversas variables antes o después de las elecciones:

- Uno posible sería el *atajo insurreccional* promovido por opositores que no confían en el triunfo electoral o en la entrega del Gobierno en caso de que el chavismo pierda.
- Otro sería la *patada a la mesa* por parte del chavismo en el momento que sientan amenazada su continuidad en el ejercicio del gobierno.
- Ambos escenarios, a la par de indeseables desde una perspectiva política y democrática, resultan difíciles de predecir por los muchos factores internos y externos que hay que considerar. Entre los internos la reacción popular y la conducta de la Fuerza Armada son decisivos. La situación de inseguridad que se vive en el país, incluyendo la existencia de grupos armados altamente ideologizados, puede convertirse en aliciente o excusa para propiciar una situación extra-electoral, por ejemplo, para justificar una política de *mano dura* con el hampa, el desarme de la población o la represión de esos grupos.
- En el panorama internacional hay que considerara, al menos, la posición de los Estados latinoamericanos agrupados en Unasur, el papel de la OEA, el gobierno de los Estados Unidos.

En todo caso, la situación internacional, tanto económica como política, tiene una importante incidencia. Una economía rentista como la venezolana puede sufrir impactos difíciles de predecir en un momento crítico de la economía mundial. El creciente peso del Estado en la economía venezolana puede hacerlo aún más vulnerable. ¿Hasta dónde alcanza la cobija rentista para sostener la economía –y la política– venezolana?

* Rector de la Universidad Católica del Táchira.

NOTAS

- 1 Algunas de esas expresiones las encontramos en la columna “A tres manos” que dirige Rigoberto Lanz en el diario *El Nacional*, en algunas intervenciones en *aporrea.org* y en publicaciones del Centro de Investigación Miranda.